7612 97

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL NIDO DE LA CIGÜEÑA,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN BERGAÑO.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°
1876.

1991

EL NIDO DE LA CIGÜEÑA,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN BERGAÑO.

Estrenada en el Teatro ROMEA á beneficio del primer actor D. Francisco Escribano en Febrero de 1874.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA ELISA.....	SRA. MARTINEZ.
TECLA, su criada.....	SRA. GARCÍA (D.ª E.).
EL TIO SERAPIO, padre de.....	SR. ESCRIBANO.
DON GINÉS, esposo de D.ª Elisa....	SR. ESCANERO.
DON CÉSAR, amigo de D. Ginés....	SR. CACHET.
ZOILO, criado del tio Serapio.....	SR. BALADA.

La escena pasa en Madrid en Diciembre de 1867.

Esta obra es propiedad de D. ALONSO GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de dicho señor GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala elegante en casa de D. Ginés. Á la derecha una puerta que da á un gabinete; otra al foro que conduce á la escalera; un balcon á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

TECLA, aparece limpiando el polvo á los muebles.

Ya son las once: ¡caramba!
y aún están sin levantarse
los señoritos; mas esto
no debería extrañarme,
sabiendo ya que han pasado
toda la noche en el baile
del cónsul de Ingalaterra.
¡Qué vida, Vírgen del Cármen!
No hay como tener dinero
para hacer lo que nos cuadre,
y vivir en este mundo
llenos de comodidades;
mas siento ruido; ¿quién es?
(Asomándose al foro.)

ESCENA II.

TECLA y ZOILO.

ZOILO. Señorita, güenas tardes;

yo me llamo Zoilo Buitre
pa lo que usía me mande;
nací en el Villar de Saz...

TECLA. (¿Á mí usía? Qué salvaje!)

ZOILO. Soy criao del tio Serapio
Valtierra y Villar de Frades,
labraor de dicho pueblo,
y el hombre más estimable
que hay en toa la provincia
de Cuenca y sus alrabales.

TECLA. Bueno, ¿y á mí qué me importa?

ZOILO. Si usía quiere escucharme...

TECLA. Basta ya de tratamientos,
no soy ningun personaje.

ZOILO. ¿Pus no es usté la señora
deste palacio tan... grande?

TECLA. No señor, soy... la doméstica.

ZOILO. ¡Doméstica! ¡Voto á sanes,
que en jamás oí esas voces!

TECLA. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué ignorante!
Soy la doncella... ¿me entiende?

ZOILO. Al verla con ese traje,
esa cola tan disforme,
y sobre tóo, ese caráiter,
me dije pa mis adentros...
¡la señorita!

TECLA. (¡Qué cafre!)

ZOILO. Mas cómo ha de ser! perdona;
sabiendo tus cualidades,
parlaré más libremente
puesto que semos iguales.
Pus como diba diciendo,
mi amo el tio Serapio...

TECLA. ¡Dale!

ZOILO. Ha llegao hoy á Madril
conmigo.

TECLA. (¡Gran personaje!)

ZOILO. Su primera deligencia,
asin que llegó á apearse
de la galera de Cuenca
y en una posá alojarse
de la calle de la... Aduana,

ha sío al punto enterarse
de la casa de su hijo,
que es esta, sigun el padre.
¿Me has entendío, morena?

TECLA. ¡Acabára de explicarse!

ZOILO. Como mi amo es un sujeto
que por experencia sabe
lo que pasa en los Madriles
lo mesmo que en toas partes,
él... en presona ha escrebío
esta carta á su hijo amante
(Sacándola del bolsillo.)
renunciándole su arribo,
y en la mesma suplicándole
que le reciba en su casa
(Al sacar la carta se le cae un papel del bolsillo.)
si quiere.

TECLA. Nada más fácil.
¿Qué papel es este?

ZOILO. Venga:
¡ay! si llega á destraviarse
no tenemos mala pérdida!

TECLA. Hola, hola! ¿tanto vale?

ZOILO. Dice mi amo el tio Serapio
que treinta mil duros.

TECLA. ¡Diantre!

ZOILO. Drento de seis ú ocho dias
nos tocará el premio grande
de la lotería, ¿estamos?
yo llevo una güena parte
pa un probe como un sirviente.

TECLA. ¿Cuánto juega?

ZOILO. Veinte riales.
¡Qué Noche güena me espera
si el número premiao sale!

TECLA. Espere usted un momento;
voy la cartita á entregarle,
y torno con la respuesta
del señorito.

ZOILO. ¡Cabales!
(Váse Tecla por la derecha.)

ESCENA III.

ZOILO.

¡Qué sala! ¡San Baltasár!
(Contemplando los muebles.)
Vamos, naide lo creería;
se paece á la sacrestía
de la iglesia del lugar.
Aquí está el oro á montones.
¿Será suyo?... ¡Por supuesto!
¡Bien debe valer tóo esto
catorce ó quince millones!
Se conoce que Ginés
es todito un caballero,
que ha sabío hacer dinero
y vive como un marqués.
¡Ay! si viese esto su madre
la baba se le caería:
pues digo... ¡Vírgen María!
¡asin que venga su padre!
¡Qué delegancia! ¡qué lujo!
(Fijándose en una elegante marquesíta.)
¡Vaya una silla vistosa!
Probémosla... ¡Santa Rosa!
(Se sienta y se levanta asustado al sentir los muellos.)
¿Estará adrento algun brujo?
¿Pus y este espejo brillante?
¡Jesús! ¡cuánto oro amontona! (Mirándose.)
¡Qué bien veo mi presona!
¡Si paezco más delegante!
Mucho este Madril me peta,
mas me atrevo á asigurar
que ántes de dirme al lugar
voy á perder la chapeta.

ESCENA IV.

DICHO y TECLA.

ZOILO. (Al ver á Tecla.)

¿Se ha enterao ya don Ginés
de la carta?

TECLA. No señor,
todavía está durmiendo;
pero eso no importa.

ZOILO. ¿No?

TECLA. Marche usted á la posada,
y diga sin dilacion
al padre del señorito
que puede venir.

ZOILO. Pus voy;
pero dime, salerosa,
¿se levanta tu señor
toos los dias á estas horas?

TECLA. ¡Bah! todos los dias no,
más como anoche ha asistido
á un baile de distincion
con la señorita Elisa,
por eso se tarda hoy.

ZOILO. ¡Corcho! con los señoritos!

TECLA. En Madriz es de rigor
entre las gentes de tono
dormir mucho.

ZOILO. ¡Bien por Dios!
eso se llama vivir
á medias; pero me voy
á notificar al amo
esta diterminacion;
hasta dimpues ¡güena moza!

TECLA. Ea, vaya ustez con Dios.

ZOILO. Asin que una lugareña
entra en Madril, sí señor;
pierte hasta el modo de andar
y engaña... hasta á Solomon! (Váse foro.)

ESCENA V.

TECLA y D. CÉSAR.

CESAR. Hola, Tecla! ¿Cómo va?
¿Y tu señora?

TECLA. En la cama.

CESAR. ¡Cómo! ¿Aún no se ha levantado?
Dí que estoy aquí, ¿qué aguardas?
TECLA. ¿Y si duerme?
CESAR. La despiertas.
TECLA. Pero...
CESAR. Vé pronto, muchacha;
si no te doy un abrazo. (Queriendo dárselo.)
TECLA. Vamos, déjese de chanzas, (Esquivándole.)
esté usted quieto.
CESAR. Pues ve,
que el asunto es de importancia.
TECLA. Siendo así voy al momento; (Va y vuelve.)
diga usted, ¿de qué se trata?
CESAR. Voy á decírtelo, Tecla.
Mira, pasado mañana
la baronesa del Césped
tiene que marchar á Italia,
y como había dispuesta
una gran funcion dramática
en su precioso teatro,
la cual estaba anunciada
para dentro de ocho dias
tiene que hacerse mañana.
TECLA. ¡Caramba! ¿Qué dice usted?
CESAR. Como en el bonito drama
que ha de ponerse en escena
hace un papel de importancia
tu señorita, es preciso
que ensayemos sin tardanza
las principales escenas.
TECLA. ¿Conque es muy bonito el drama?
CESAR. ¡Como que soy el autor!
TECLA. Vamos, vamos, ¡quién pensára!
CESAR. Ya ves si la cosa es seria.
TECLA. ¡Es verdad! (Con ironía.)
CESAR. ¿Pero no marchas?
¿es que quieres el abrazo?
TECLA. No señor, voy á avisarla. (Váse por la derecha.)

ESCENA VI.

D. CÉSAR.

CESAR. ¡Ah! preciso es convenir
que soy un muchacho listo;
no hay como tener audacia
en nuestro bendito siglo
para elevarse al pináculo
de la dicha... ¡en este olimpo!
Merced á mi atrevimiento
cierta fama he adquirido,
y soy un hombre á la moda
teniendo sumo partido
con las bellas; y merced
á mi sistema político
de vivir con todo el mundo,
soy peseedor de un destino
que me produce anualmente
veinte y cuatro mil realitos,
sin contar las... manos puercas;
que existen y han asistido
en todos los que se llaman
agentes... presupuestívoros.
Más aquí Elisa se acerca.
¡Soberbio! ¡soberbio tipo! (Contemplándola.)

ESCENA VII.

DICHO y ELISA.

Sale Tecla con su señorita y se va por el foro.

Á los piés de usted, Elisa.
ELISA. Beso á usted la mano, César.
CESAR. ¡Siempre tan encantadora!
ELISA. ¡Bah!
CESAR. Ya la habrá dicho Tecla
el interesante... objeto
que me trae á su presencia.
ELISA. Si; me ha dado la noticia;

más la verdad, no quisiera
sin estar bien ensayada
poner el drama en escena.

CESAR. Por esa misma razon
al noticiarla esta nueva
que ha alterado nuestro plan,
vengo á ensayar las escenas
más culminantes del drama,
en las que está usted... ¡soberbia!

ELISA. No merezco esa alabanza,
¡soy una pobre hija de Eva
sin atractivos ni méritos!

CESAR. Á pesar de su modestia
no podrá usted ocultar
las perfecciones que encierra
ese corazon de artista
y esa figura hechicera.

ELISA. ¡Siempre tan adulador!

CESAR. ¡No tanto como usted bella!

ELISA. Amigo mio... ensayemos.

CESAR. Sí; comencemos la escena
despues de haber ya leido
aquella carta poética
que dirige usted al hombre
que la ama de todas veras.

ELISA. Corriente.

CESAR. (Dándola un papel.) Esta es la misiva;
muéstrese agitada, trémula,
hasta que yo me presente:
está usted sola en escena. (Váse al balcon.)

ESCENA VIII.

ELISA.

Figura que ha terminado la leccion de la carta y declama.

ELISA. ¡Ah! no puedo proseguir!
soy una débil mujer,
le dejaré de querer
cuando deje de existir.
Feliz la que siempre alcanza

cuanto ambiciona su mente!
¡Desgraciada la que siente
un amor... sin esperanza!
Amor es el elemento
de la vida, el dulce encanto,
el sentimiento más santo,
la ilusion del pensamiento.
¡Cuán terrible padecer
causa un amor contrariado!
¡ántes morir, Dios amado,
que faltar á mi deber!

ESCENA IX.

DICHA y D. CÉSAR.

Se presenta D. César para continuar la escena, figurando entrar por el balcon.

ELISA. ¿Qué es lo que veo? ¡aquí vos!
CESAR. Nada temais, vida mia;
vengo, adorada María,
á daros mi último adios.
ELISA. ¿Qué decís?
CESAR. Lo que escuchais.
ELISA. Arturo, por Dios, ¿no veis
que mi honor comprometeis
cuando así en mi casa entrais?
¿Dais por ventura al olvido
que no podeis ofrecer
vuestro amor á una mujer
que pertenece á un marido?
Huid y no torneis más
á buscar cruel mi deshonra:
la menor mancha en la honra
no desparece jamás.
El hombre que sin razon
quita con tenaz empeño
alguna joya á su dueño,
es un mísero ladron.
¿No fuera un crímen bastardo?
CESAR. ¡Ah, María!... no penseis...

ELISA. Y vos no me arrebateis
esa joya que yo guardo.
Y pues sabeis que os quiero
con todo mi corazon,
ántes que una vil accion
tomad mi vida primero.

CESAR. ¡Tu vida!... ¡mujer sin pàr!
¡yo faltar á mi deber
por rendir á una mujer
que es acreedora á un altar!
El amor que por tí siento
todo mi ser regenera:
¡ah! tu imágen hechicera
fija está en mi pensamiento.
Mas, bien mio, al còmprender
que esta mágica ilusion
es una ciega pasion
contraria á todo deber,
iré lejos á llorar
la alegría que perdí,
abandonando por tí
amigos, patria y hogar.
Aunque me cueste el reposo,
no debo ser enemigo
de un hombre que fué mi amigo
y hoy es tu dueño, tu esposo.

ELISA. Sí, Arturo; teneis razon;
cuánto y cuánto os eleva
á mis ojos esa prueba
de vuestro gran corazon.
Aunque medie entre los dos
el cruel rigor de la ausencia,
mientras dure mi existencia
viviré pensando en vos.
No es una promesa vana
la palabra prometida:
contad por toda la vida
¡con el amor de una hermana! (Pausa.)

ESCENA X.

DICHOS, D. GINÉS, el TIO SERAPIO, TECLA y ZOILO.

D. Ginés aparece por la derecha ántes de los cuatro últimos versos, quedando inmóvil hasta la terminacion; los demas llegan por el foro al mismo tiempo y tambien se quedan contemplando aquel cuadro.

GINES. ¡Bravo!
SERAPIO. (Á Tecla.) (¿Dónde mi hijo está?
TECLA. Véale usted por allí. (Señalando á la derecha.)
SERAPIO. ¿No es este? Pues yo creí...)
GINES. Proseguid: ¡bien, muy bien va!
CESAR. (Sigue declamando.)
Adios, mi bien; quiera el cielo
tengais quietud y reposo
en brazos de vuestro esposo.
ELISA. ¡Sin vos cómo hallar consuelo!
(Se dan las manos)
SERAPIO. (¡Señor! ¿Y mi hijo consiente
de su mujer tal ultraje?
¡Cuán extraño es su lenguaje!) (Á Zoilo.)
ZOILO. (¡Y está de cuerpo presente!)
CESAR. ¡Adios!
ELISA. ¡Cielos! se oye ruido!
mi esposo!
CESAR. ¡Condenacion!
Vóime ahora por el balcon
y se presenta el marido.
(Cesan de declamar.)
GINES. ¡Perfectamente! ¡muy bien!
SERAPIO. (Á Zoilo.) (¿Pues no celebra el exceso?)
ZOILO. (Señor amo, ¡es un camueso!)
SERAPIO. (¡Si hay aquí cada belen!...)
(Elisa, al ver que entran en escena los desconocidos, se va por la derecha, Tecla por el foro, y entran en la escena el tio Serapio y Zoilo.)

ESCENA XI.

D. GINÉS, D. CÉSAR, TIO SERAPIO y ZOILO.

SERAPIO. ¡Hijo mio!
GINES. ¿Eh? ¿Quién se atreve
á hablarme de esa manera
y á penetrar hasta aquí
sin solicitar licencia?
ZOILO. (Vamos, no le ha conocío.)
GINES. Me extraña sobremanera
su sobrado atrevimiento;
mas diga lo que desea
y no se muestre importuno.
CESAR. (¡Pues señor, vaya una escena!)
SERAPIO. ¿No me conoces, Ginés?
¡hijo mio? (Acercándose.)
CESAR. (¡Y le tutea!)
GINES. Caballero... no adivino...
(Con visible turbacion.)
ZOILO. Señorito, ¿no se alcuerda
de Zoilillo? aquel chicuelo
que fué con usté á la escuela
y no deprendió en seis años
sino á conocer las letras?
GINES. (¿Será posible? y este hombre (Por César.)
que aquí á todos nos contempla...
yo no debo descubrir...)
SERAPIO. ¿No me conoces de veras?
mírame bien .. ¡soy tu padre!
ZOILO. (Agora la recompensa
con un abrazo *apretao*:
esto lo ve cualsiquiera.)
GINES. (¿Esto es sueño ó realidad?)
ZOILO. Tus dudas son una ofensa
que haces, Ginés, á mis canas.
CESAR. (Pues señor, la cosa es seria:
¡vaya un rústico paleto!
¡gran tipo para una pieza!)
Querido Ginés, te dejo:
mil negocios me rodean

á cual más interesantes,
que exigen que con urgencia
me ocupe de ellos al punto:
te encargo que Elisa pierda
la timidez que hoy la embarga
y será sobre la escena
una artista consumada
que brillará por do quiera,
¡verás qué lauros la aguardan
y qué ovaciones la esperan!
Conque hasta luégo.

GINES. Hasta luégo.

CESAR. (Vaya una estampa grotesca!
¿será su padre? ¡imposible!
¿cómo ha de serlo... esa fiera?)

ESCENA XII.

DICHOS, ménos D. CÉSAR.

SERAPIO. ¿Conque no me has conocido?
esa duda es una ofensa.

GINES. Dispense usted... no creí...
fué tan grande mi sorpresa
ante ese amigo...

SERAPIO. Comprendo;
te ha dado, Ginés, vergüenza
que me presente ante tí
con este traje y maneras.
¡Qué sociedad, cielo santo!
Todo es en ella... miserias:
¡el orgullo es su divisa
en esta córte perversa!
¡Como en vez de terciopelo
luzco la tosca bayeta,
y en lugar de la elegancia
que el vil cortesano ostenta
llevo del mísero aldeano
la pobre y fuerte chaqueta,
y hablo con franco lenguaje
y no con frases selectas,
tengo que ser despreciado

y humillado por do quiera;
hasta por aquellos mismos
que son sangre de mis venas!

GINES. Perdone usted; yo no niego
el que usted mi padre sea,
por más que quiera cubrir
las sociales conveniencias
delante de las personas
que mi morada frecuentan
y saben mi posicion
elevada.

SERAPIO. ¡Qué quimera!

GINES. No negaré que es usted
el autor de mi existencia,
y le ofrezco desde ahora
cuanto de mí exigir quiera;
mas señor, yo le suplico
que esta sociedad no sepa
los lazos que á usted y á mí
nos unen.

SERAPIO. ¡Qué desvergüenza!

GINES. Cuando pasado algun tiempo
usted presentarse pueda
como un hombre acostumbrado
á las sociales contiendas,
sin vacilar un momento
haré ver sus altas prendas
y entrará usted en su seno.

SERAPIO. ¡Calla, calla; me avergüenzas!
¡Cuán terrible desengaño!
¿qué padre esperar pudiera
tan punible proceder?

GINES. Debo...

SERAPIO. ¿Así un hijo se expresa?
¿Qué sería de vosotros,
cortesanos sin conciencia,
si el labrador afanoso
no sacase de la tierra
el alimento diario
que á las naciones sustenta?
Dí: ¿quién, si no estos paletos
miserables os elevan,

haciéndoos diputados,
dándoos costosas carreras
que á vosotros os ensalzan
y á nosotros nos condenan
á los más rudos trabajos
y á vivir en la miseria?

GINES. Yo no niego á usted mi casa
ni mi proteccion.

SERAPIO. ¡Tú sueñas!
Cuando pronunció mi boca
aquella palabra tierna
de... ¡hijo mio!... y no volaste
á mis brazos con presteza,
te hiciste indigno de mí;
no mereces que te quiera
ni que en tu bella morada
por más tiempo permanezca.
Me has reconocido, es cierto,
como autor de tu existencia,
y me ofreces... ¡oh ventura!
(Con amarga ironía.)
tu proteccion... tus finezas.
(Con id.)¿ Qué más puedo apetecer
de tu lujo y tu soberbia?
¡has llenado tus deberes
de la más digna manera!
pero en cambio de tus labios
no escuché la voz aquella
que en los brazos de tu madre
pronunciabas cuando eras
¡un tierno y cándido infante!
¡un ángel de la inocencia!
Aún no has dicho... ¡padre mio!

GINES. ¡Perdon!

SERAPIO. ¡Tu vil labio sella!
es imposible sentir
cuando ya el alma está seca,
y la tuya es incapaz
de nada que digno sea.

GINES. Yo le ruego...

SERAPIO. Me retiro,
mas ántes que esto suceda,

escucha una antígua fábula
que aprendí yendo á la escuela
hace más de cincuenta años:
ya ves si es larga la fecha.
—«Desde lo alto de una torre,
do moraba una cigüeña,
bajó á buscar alimento
á la más cercana selva:
mas ántes de retirarse
á su nido con la presa,
vió una perdiz, que tenía
su miserable vivienda
al pie de unos matorrales
y cercada de maleza:
al mirarla, desdeñasa
hablóla de esta manera.»
—«Es posible, pobrecilla,
que aquí tu morada tengas,
exponiéndote á ser víctima
del chicuelo de la aldea,
del rústico pastorcillo
que sigiloso te observa,
ó del cazador de oficio
que tiende sus redes fieras
preparadas con astucia
para que caigas en ellas?
Yo por el contrario vivo
sobre la elevada iglesia,
y dominando los pueblos
soy la reina de la tierra;
con sólo verme tan alta
todo el mundo me respeta
y rinde veneracion:
ven y verás la opulencia
conque vive mi familia.
En esto, con gran presteza
las dos aves remontáronse
á la torre de la iglesia:
mas... ¿qué contemplan sus ojos?
el nido estaba por tierra,
los hijuelos destrozados
yacían muertos en ella

víctimas del huracan
y de una horrible tormenta.»
—«¡Y esta es, dijo la perdiz,
toda tu magnificencia?
¿Qué vale tu elevacion
si por ella estás expuesta
á la terrible caida
que hoy es causa de tus penas?»
Lo que á esta ave sucedió
es lo que pasa en la tierra:
aquellos que están más altos
el dia que ménos piensan
dan el espantoso golpe
del nido de la cigüeña.
Ahora, opulento señor,
me retiro, el cielo quiera
dar á usted lo que le falta,
que es... un poco de conciencia.

ZELO. Mu bien dicho, tio Serapio:
vámonos á nuestra aldea,
ántes de que en los Madriles
nos seduzgany nos previertan.
(Vánse por al foro.)

ESCENA XIII.

D. GINÉS.

¡Dios mio!... ¡tiene razon!
su voz es la voz austera
del hombre honrado ofendido
que viene á pedirme cuenta
de mi indigno proceder
y de mi conducta pérfida.
¡Perdon, padre mio!... es tarde:
(Volviendo del foro.)
ya ha bajado la escalera,
(Vuelve al foro.)
yo debo correr... ¡Elisa!
(Al verla aparecer por la derecha.)
¡ah! preciso es que lo sepa.

ESCENA XIV.

D. GINÉS, ELISA.

ELISA. Noto en tu rostro alterado
una marcada señal
de algun disgusto fatal:
dí Gines ¿qué te ha pasado?
GINES. Quisiera dar al olvido
mi punible proceder:
Elisa, vas á saber
todo lo que ha sucedido.
ELISA. ¡Cielo!... (Asustada.)
GINES. Tu temor desecha;
y pues tu bondad es mucha
una narracion escucha
que viene de larga fecha. (Pausa.)
Quince años habrán pasado
desque dejando mi hogar
vine á Madrid á estudiar:
¡tiempo en verdad malgastado!
(Con amargura.)
Mis padres en santa paz,
que es lo que el bueno desea,
moraban en una aldea
llamada Villar del Saz.
Mientras los pobres gastaban
todo lo que poseían
y con estrechez vivian
por un hijo que adoraban,
yo infame llegué á olvidar
entre placeres y orgías
los autores de mis dias,
mi humilde y sencillo hogar.
Corrió el tiempo, se hizo crítica
y triste mi situacion,
teniendo por conclusion
que engolfarme en la política.
Y siguiendo la corriente
de nuestro siglo mercante
fuí, tan pronto tolerante

como atroz intransigente.
Con audacia sin igual
con todo el mundo he vivido
y por fin he adquirido
alta posicion social.
Tocando cualquier registro
he sido gobernador;
hoy me llamo director,
mañana seré ministro.
¡Mas ay! que mientras subí
por tal medio en mi carrera,
ni una misiva siquiera
á mis padres escribí.

ELISA. ¡Qué horror!

GINES. Por eso me aflijo;
Elisa, al considerar
que he sido un loco de atar,
un desgraciado, un mal hijo.
(Pausa: modera su conmocion.)
Ha cuatro años que admiré
tu semblante soberano,
se me concedió tu mano,
y contigo me casé.
Mas tu familia altanera
ávida de honor y gloria
quiso ántes saber mi historia
y referí... una cualquiera.
Creísteisme un gran señor
de influjo, nombre y valía,
y solo soy, hija mia,
el hijo de un labrador.
Tú huérfano me has creido...

ELISA. ¿Y vive tu padre?

GINES. Sí:
¡aquí se ha encontrado, aquí!

ELISA. ¿Y que marche has permitido?
¡Ah! no acierto á comprender
por qué has querido engañarme,
ni acierto ¡oh Dios! á explicarme
tu punible proceder.

GINES. Confieso que fuí inhumano
y me arrepiento.

ELISA. ¡Oh baldon!
tienes que pedir perdon
á ese respetable anciano.
GINES. Como había entre los dos
este secreto profundo...
ELISA. Faltar á un padre en el mundo
es faltar al mismo Dios.
Por la educacion primera
que en mi casa recibí,
no te negaré que fuí
algo aturdida y ligera;
mas siempre juzgué execrable
cual la pasion más fatal,
más terrible y criminal,
el orgullo miserable.
Sólo ternura rebosa
el alma de la mujer,
y no puede buena ser
la mala hija y mala esposa.
Yo condeno, pues, con brío
tu impropia é indigna accion,
pide al momento perdon
á tu padre, que es el mio.
GINES. ¡Tú me tornas el reposo!...
ELISA. Busca á ese anciano veloz.
GINES. ¡Ah! de un ángel es tu voz!
¡no merezco ser tu esposo!
(Le tiende Elisa los brazos y se arroja en ellos.)

ESCENA XV.

DICHOS y TECLA.

TECLA. Señorito; estas dos cartas
hace un instante ha traido
un criado.
GINES. Dame al punto: (Las recibe.)
temo, Elisa, algun conflicto,
el corazon me lo anuncia:
¡abrir las cartas vacilo!

ELISA. No seas supersticioso;
¿ó tienes algun motivo
para pensar?...

GINES. ¡Dios es grande
y castiga los delitos! (Váse Tecla.)

ESCENA XVI.

DICHOS, ménos TECLA.

ELISA. Verás como te equivocas:
vamos, lee y no seas niño.
(Abre D. Ginés una carta.)

GINES. «Señor don Ginés Valtierra
»y Garcés; muy señor mio:
»Ayer se declaró en quiebra,
»segun hoy mismo he sabido,
»el banquero don Augusto
»Santivañez y Clavijo;
»se ignora su paradero;
»mas... mis informes verídicos
»me permiten afirmarle
»que ya de España ha salido.»
¡Oh, qué infamia, Dios eterno! (Declamado.)

ELISA. ¡Cosas, Ginés, de este siglo!
pero ten calma y prosigue.

GINES. (Sigue leyendo.)
«Sufra usted, amigo mio,
»este golpe con paciencia.»
¡Mucha paciencia es preciso
para verse en este trance!

ELISA. (Ah!) ¡Valor... esposo mio!

GINES. ¡Ese hombre... es un miserable!
¿y yo qué soy?... ¡un mal hijo!
Por este terrible golpe
¡veinte mil duros perdidos!

ELISA. Lee la segunda misiva:
¿será otro golpe, Dios mio?

GINES. No debe dudarse, Elisa.

ELISA. Veamos su contenido. (La abre y lee.)
Ginés, no e equivocaste,

cesas hoy en tu destino.

GINÉS. ¡Justo castigo de Dios!
¡Es bien justo su castigo!

(Elisa se cubre la cara con las manos y Ginés cae desplomado en un sillon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion decentemente amueblada, pero que tenga cierta analogía con la elegante del primer acto, para recuerdo del espectador; balcon á la izquierda, gabinete á la derecha y puerta al foro que da á la escalera.

ESCENA PRIMERA.

TECLA.

Pues señor, ¡cómo ha de ser!
buenas pascuas nos esperan
con la terrible desgracia
que sobre nosotros pesa.
Bien dicen, que la fortuna
es voluble cual coqueta
y pérfida y engañosa:
¿quién pronosticar pudiera
este cambio inesperado
desde el lujo á la pobreza?
Nadie: ¡pobres señoritos!
¡lástima me causa y pena
contemplar sus infortunios!
porque los quiero de veras,
y yo no podré jamás
mirar con indiferiencia

sus males: ¡Dios los remedie
y les de lo que desean.

ESCENA II.

DICHA y ZOILO.

ZOILO. Dios te guarde, güena moza:
¿sabes que estás más reguapa
que aquel dia en que te vide
hará como una semana?
Bah! llevabas una cola
de lo ménos siete varas,
y unos moños empinaos
que te hacían poca gracia;
pero agora es otra cosa,
estás asin más...

TECLA. Bien, basta,
no está el horno para tortas.

ZOILO. Pus fuera lumbre, muchacha,
y dejarlo en un güen temple
pa que salga bien la hornada.

TECLA. No eres tonto.

ZOILO. Yo io creo:
delante de una hembra guapa
no hay hombre tonto en el mundo:
¿estamos?

TECLA. Ménos palabras,
que donde la pena existe
es insulto cualquier chanza.

ZOILO. ¿Tengo yo acaso la culpa
de las trifulças pasadas,
ni de que haiga malos hijos
que se busquen sus disgracias?

TECLA. ¿Has estudiado, mocito?

ZOILO. Sí, la gramática parda,
que es una cencia que saben
los mayores papanatas;
se deprende sin maestro,
y en cualsiquier calle ú plaza.
(Dirigiendo la vista por doquiera.)

TECLA. Di, ¿qué miras tanto, Zoilo?

ZOILO. Mira, chica, me alcordaba
que esta sala... no es aquella;
quiero decir, la de marras,
la que paecía una iglesia
por lo vistosa y lo maja;
¡cá! si aquello era manífico!
TECLA. Bueno; basta ya de charla
y di pronto á que has venido.
ZOILO. Pus bien, vengo á ver al ama
pa darla un recao burgente.
TECLA. Aquí está.
ZOILO. (¡Cuidiao si es guapa!)

ESCENA III.

DICHOS y DOÑA ELISA.

TECLA. Señorita...
ELISA. ¿Qué sucede?
TECLA. Hablar con usted desea
este mozo.
ZOILO. Juntamente.
ELISA. Yo conozco á usted...
ZOILO. (¡Qué bella!)
Soy el criao, pa servirla,
del tio Serapio Valtierra,
que traigo el último atun. (Campanilla fuera.)
ELISA. Parece que llaman, Tecla.
(Sale esta por el foro.)

ESCENA IV.

DICHOS, ménos TECLA.

ELISA. ¿Y cuál es ese ultimatun!
ZOILO. Que nos golvemos á Cuenca
mañana al rayar el dia,
si Dios lo quiere.
ELISA. ¿De veras?
¿conque á pesar de los ruegos
de su hijo, le desprecia
y no quiere perdonarle

sus anteriores ofensas?

ZOILO. Se encuentra mu resentío;
es un hombre el tio Valtierra,
que aunque viste de labriego
es una presona reuta
que tiene el alma mu noble,
conoce donde le aprieta
el zapato, y sabe más
que el mejor maestro de escuela.

ELISA. Y dígame: si yo ahora
le pusiese cuatro letras
diciéndole que viniese,
¿usted cree que obedeciera?

ZOILO. Aunque no soy adevino
y es mu grande mi torpeza,
yo creo... se me figura,
aunque no hable á cencia cierta,
que no habrá presona alguna
que la trate á usté de cerca,
que al pedirla algun favor
no la sirva de cabeza;
digo... al ménos por mi parte,
tal sería mi rempuesta.

ELISA. Mil gracias: espere usted
un momento. (Se sienta á una mesa y escribe.)

ZOILO. Mil que quiera.
(¡Qué cara tan reflugente!
¡Vamos, si paece una reina!)

ELISA. Pocas palabras... así: (Escribiendo.)
lo que yo quiero es que venga.
¿Cómo es su gracia de usted?

ZOILO. Zoilo Buitre y Baraseca.

ELISA. Bien, pues márchese al instante
y haga á su señor entrega
de esta misiva.

ZOILO. Corriente.

ELISA. Ruéguele ademas que venga
en mi nombre.

ZOILO. De rodillas
le pediré cuanto quiera.

ELISA. Cuente con mi gratitud!...

ZOILO. Yo le traeré ¡de cabeza! (Váse.)

ESCENA V.

DOÑA ELISA y D. CÉSAR.

CESAR. Á los piés de usted, Elisa.
ELISA. ¿Usted por aquí, don César?
¡Cuánto me alegro de verle!
CESAR. ¿De veras?
ELISA. De todas veras.
CESAR. ¿Y Ginés?
ELISA. Bueno; ha salido
á asuntos que le interesan:
ya ve, ¡cómo somos pobres! ..
CESAR. (¡Parece esto una indirecta!)
ELISA. Es preciso trabajar.
CESAR. (Nada, sigue con su tema.
Necesario es convenir
que mi suerte es... estupenda.)
Por remediar, cara amiga,
(Con cierto entusiasmo.)
los males que la atormentan,
diera mi sangre, mi vida,
todo cuanto poseyera!...
ELISA. (Mirándole agradecida.)
¡Oh! gracias, amigo mio.
CESAR. (¡Ay! qué miradas tan tiernas
me dirige: ¡esta mujer
es una cosa... soberbia!
¡lo que es el tener dinero
y una arrogante presencia!)
ELISA. ¿En qué piensa, amigo mio?
CESAR. ¡En usted!
ELISA. (Recordando.) ¡Ay!
CESAR. (Variando de idea.) ¡En sus penas!
(¿Qué hago? me declaro ó no?
como esta es la vez primera...)
ELISA. Cuando es digna la amistad,
sabido es que se interesa
por la persona que sufre
igual que si fuese ella.
¡Ah! yo aprecio en lo que vale

esa amistad verdadera,
y en la mia encontrará
la debida recompensa!

CESAR. ¡Ay Elisa!...

ELISA. ¡Amigo mio!

CESAR. (Esto es ya más que indirecta!
perdona, amigo Gines;
¿quién tiene la culpa? ¡ella!
yo me declaro... ¡á la una!
¡claro!... mi victoria es cierta')
¿Sabe usted, amiga mia?...

ELISA. ¿El qué?

CESAR. ¿Qué es usted muy bella?

ELISA. ¡Cómo! ¿lisonjas ahora?
yo contestarle quisiera,
pero ya comprenderá...

CESAR. (¡Á las dos!... ¡dicha completa!)
Sería el caso primero. .
(¡Á las tres!...) (Entra Tecla.)

ESCENA VI.

DICHOS y TECLA.

ELISA. ¿Qué ocurre, Tecla?
(Hablan al oido y la da una carta.)

CESAR. (Todo se ha echado á perder
por causa de la doméstica,
mas no importa: volveré,
pues esto es lo que desea.)
(Se pone de pie.)
Elisa...

ELISA. ¿Se marcha usted?

CESAR. Sí: pronto tornaré á verla;
cuente usted con... la amistad
de quien la quiere de veras:
¡Á los piés de usted!

ELISA. ¡Adios!

CESAR. (¡Es la conquista... de la época!) (Váse.)

ELISA. Voy á leer esta misiva
donde nadie me sorprenda.
(Váse por la derecha.)

ESCENA VII.

TECLA.

En fuerza del interés
que una amiga ha demostrado,
volverá á ser empleado
el señorito Ginés.
Aunque el suceso no es raro
y es consecuencia precisa,
por él... ofrezco una misa
á la Vírgen del Amparo.

ESCENA VIII.

DICHA y ZOILO.

ZOILO. ¡Yo estoy loco de alegría!
(Se presenta muy contento.)
¡tengo el juicio... trastornao.
TECLA. ¿Qué sucede?
ZOILO. ¡Me ha tocao!
TECLA. ¿Pero el qué?
ZOILO. ¡La lotería!
El cielo no se hizo sordo
á lo que yo le pedí.
TECLA. ¿Conque te ha tocado?
ZOILO. Sí.
TECLA. ¿Pero cuánto?
ZOILO. ¡El premio gordo!
van á cesar mis apuros:
de gozo voy á brincar;
yo... el más probe del lugar
voy á tener... ¡tres mil duros!
¡Qué vida más regalona,
asin que cobre, he de darme!
mira... hasta pienso casarme:
¿no soy toa una presona?
(Irguiéndose y paseando.)
¿Qué te paece mi deseo?
TECLA. Lo encuentro muy regular.

ZOILO. Las mozas de mi lugar.
dicen que soy algo feo.
Pero en cuanto suene el din
tendré la sastifaccion
de ser toitico un don
haciendo á toas tilin.

TECLA. ¿No tienes novia?

ZOILO. No tal;
no me he sabío dar trazas ;
¡bah! me han dao más calabazas
que espinas tiene un zarzal.

TECLA. Yo sé de alguna mujer
que no te despreciaría.

ZOILO. Hoy mi pusicion varía;
no soy el mesmo de ayer.
Dí quién es, y si algo tiene
y su caráiter me agrada...

TECLA. Es tan pobre como honrada.

ZOILO. Estónces no me conviene.
No soy nengun monigote,
y sé mu bien lo que digo,
la que se case conmigo
ha de tener un güen dote.
¡Ya á naide la suerte envidio!
¡la agarré por los cabellos!

TECLA. (¡Qué hombres! ¡el mejor de ellos
debía estar en presidio!)
¿Conque ya el vil interés
tiene en tu pecho cabida?

ZOILO. No es sólo por mí, querida;
¿y lo que venga dispues?
Dos asin que nos casemos (Con malicia.)
seremos... ¡si no hay engaños!
mas dispues de algunos años
¿quién sabe los que seremos?

TECLA. ¡Cuidado si eres bribon! (Con rubor.)

ZOILO. Mas pongo á Dios por testigo
que solamente contigo
haria yo una escecion.

TECLA. ¿De veras?

ZOILO. Sí, güena moza:
¡ay! cada vez que te miro

sale del pecho un suspiro
y el corazon me retoza.
No me petan los extremos
ni las promesas, ¿estamos?
cuando se arreglen los amos
yo y tú... nos arreglaremos.

TECLA. ¿De veras?

ZOILO. Sin duda alguna;
yo mi mano te daría!

TECLA. ¿Qué escucho? (¡Vírgen María!
¡dos misas en vez de una!)

ZOILO. Si no tengo inconveniente
en ser dueño de esta mano. (Tomándola.)

TECLA. Y yo accedo.

ZOILO. Soy aldeano;
¡mas presona mu decente!
Ya que te traté de usía
cuando te llamé señora,
mi yerro enmendaré agora
llamándote ¡prenda mia!

TECLA. ¡Hola! este es el majadero
que no se sabe explicar.

ZOILO. No lo debes extrañar,
¡es el poer del dinero!
Dende hoy declaro la guerra
á los probes y al avío:
voy á contar lo ocurrío
al tio Serapio Valtierra. (Vánse.)

ESCENA IX.

ELISA, trae una carta en la mano.

Segun me dice mi amiga
la baronesa del Lirio,
se trata de reponer
á Ginés en su destino;
justo es que la dé las gracias
por el interés solícito
que ha demostrado, probándonos
su verdadero cariño:

Tecla.

TECLA. (Presentándose en la puerta del foro.)
Señorita...

ESCENA X.

DICHA y TECLA.

ELISA. (Entregándola una carta.) Manda
esta misiva ahora mismo
á la baronesa.

TECLA. Voy,
¿y qué, tendremos destino?

ELISA. Creo que sí.

TECLA. ¡Dios lo quiera!

ELISA. ¡Ay! en su bondad confío!

TECLA. (Mirando al cielo.)
(¡Que se digan las dos misas!
¡Señor! yo con fe os lo pido!) (Váse foro.)

ESCENA XI.

ELISA, D. CÉSAR

ELISA. Sin duda Dios me ha escuchado.

CESAR. Elisita.

ELISA. ¿Es usted?

CESAR. Sí.

ELISA. ¿Cómo otra vez por aquí?

CESAR. Cuando no estoy á su lado
siento un vacío en el alma
que no puedo definir;
es penoso mi existir
y no puedo tener calma.

ELISA. No comprendo...

CESAR. ¿Á qué ocultar
por más tiempo esta pasion
que siente mi corazon?
¡Oh! ¡basta ya de callar!
¡Desde que su gracia ví
y su hermosura admiré,
mi afecto la consagré

y á su encanto me rendí!

ELISA. ¿Está usted loco?

CESAR. ¡De amor!

ELISA. ¡No ama usted poco deprisa! (Con ironía.)

CESAR. Si usted me desprecia, Elisa,
voy á morir de dolor.
Por usted perdí el reposo;
sí, yo á jurarla me obligo...

ELISA. César, ¿y es usted amigo (Con gravedad.)
de mi idolatrado esposo?
Al contemplar con dolor
su insensato proceder
he llegado á comprender
que es usted un seductor.

CESAR. Escúcheme usted con calma:
¡yo la adoro!

ELISA. ¡Basta ya!
ahora probándome está
que tiene usted seca el alma.

CESAR. ¡Ay! si es usted... adorable!

ELISA. Quien sin reparar en nada
va tras la mujer casada
es un ente despreciable.
Bien á demostrar empieza
que su amistad no ha existido
cuando á insultarme ha venido
en medio de mi pobreza.

CESAR. Yo su compasion imploro,
su gracia, mi amor enciende.

ELISA. La virtud jamás se vende
por el más rico tesoro.

CESAR. ¡Piedad!

ELISA. Usted se condena
al correr tras mi deshonra,
que no puede tener honra
el que va á matar la agena.

CESAR. ¡Mi amor!...

ELISA. Basta de locura;
jamás el amor conoce
quien su deber desconoce
y busca su desventura.

CESAR. Piense usted, mujer sin par,

en que voy á enloquecer
si no me llega á querer:
(¡Qué dura está de pelar!)
Premie usted el interés
del hombre que más la adora.

ELISA. ¡Basta!

CESAR. Elisa seductora,
(Aparece el tio Serapio por el foro.)
¡véame usted á sus piés!
(Arrojándose de rodillas á los piés de Elisa.)

ELISA. ¡Alce usted!...

CESAR. ¡Tenga piedad
de mi amor!

ESCENA XII.

DICHOS y el TIO SERAPIO.

SERAPIO. (¡Voto á mi nombre,
siempre en esta casa ese hombre!
pues ahora va de verdad!)

ELISA. ¡Salga usted!

SERAPIO. Basta de ofensa;
yo defiendo á usted, señora.

ELISA. La que honradez atesora
no necesita defensa.

CESAR. (Este patan me partió,
en mal hora llegó aquí;
seguro tenía el sí,
pero no desisto, no.)

ELISA. ¡Ah, señor! cuánto contento
nos viene usted á traer.

SERAPIO. Basta ya de padecer,
cese vuestro sufrimiento.
No más dolor ni cizaña,
más para que haya consuelo
preciso es que huya del cielo
una nube que lo empaña.
¡Brillen los dias serenos!
esa nube malhadada
(Mirando á D. César con severidad.)
es usted, y está cargada

de relámpagos y truenos.

CESAR. ¿Cómo?

SERAPIO. ¡Usted, hombre orgulloso,
cortesano sin conciencia,
que viene á verter la esencia
de un veneno ponzoñoso!
¡Usted que con loco afan
escarnece la desgracia!...

CESAR. ¡Me está haciendo mucha gracia (Con burla.)
este rústico patan!

SERAPIO. ¡Ah, miserable bufon
que te atreves á insultarme!
solo... por no deshonrarme
no te echo por el balcon.
Eres un vil, un villano
encenagado en el vicio,
un perturbador de oficio,
un seductor inhumano.
Esa perfidia y maldad
que hay en tu clase menguada
tiene desmoralizada
nuestra pobre sociedad.

ELISA. Salga usted!

SERAPIO. Sólo un cobarde
muestra tan vil interés.

ELISA. ¡Cuando lo sepa Ginés...

CESAR. Me marcho, que se hace tarde.

SERAPIO. Si; no tornes otra vez
á traer aquí el malestar,
el vicio no puede estar
delante de la honradez. (Váse D. César.)

ESCENA XIII.

DICHOS, menos D. CÉSAR.

SERAPIO. ¿Dónde, dónde mi hijo está?

ELISA. Ah! viene usted á otorgarle
su perdon?

SERAPIO. Sí, y abrazarle.

ELISA. Pues pronto le abrazará!
Aquí llega... venga usted:

á todos nos interesa
que reciba con sorpresa
tan inefable merced.
(Le conduce por la derecha.)

ESCENA XIV.

D. GINÉS.

GINES. Mucho en verdad he andado
de ceca en meca corriendo
como un pobre, pretendiendo
tornar á ser empleado:
molido estoy y cansado (Se sienta.)
de tanto y tanto correr:
si al fin llegase á obtener
ese suspirado empleo,
¡fuera feliz!... mas no creo
que ya feliz pueda ser.
Mientras ese digno anciano
á quien debo la existencia
no me llame á su presencia,
todo para mí es en vano:
conozco, oh Dios soberano,
las faltas que cometí:
yo el castigo merecí
y le respeto y me aflijo:
confieso que fuí mal hijo;
¡perdona si te ofendí!
(Se cubre la cara con las manos.)

ESCENA XV.

DICHO y ELISA.

ELISA. ¿Ya estás de vuelta, Ginés?
GINES. (Saliendo de su abatimiento.)
¿Eres tú, querida mia?
ELISA. Parece que estás cansado.
GINES. Mucho.
ELISA. ¿Traes buenas noticias?
GINES. Sí, no son del todo malas.

ELISA. La baronesa mi amiga
cree que tu reposicion
es ya cosa decidida.
GINES. ¡Ah! lo celebro por tí.
ELISA. ¿Solo por mí, vida mia?
¿No renacerá con ella
la tranquilidad, la dicha?
GINES. ¡La dicha! ¡palabra vana!
Mientras mi padre no diga
¡yo te perdono!... no puede
ser felice nuestra vida.
ELISA. Pues bien, te perdonará.
GINES. Van trascurriendo los dias,
y no quiere recibirme
ni honrar la morada mia.
ELISA. Tal vez en este momento
el padre por quien suspiras
tiene tu mismo deseo
é igual ansiedad le agita.
(Aparece el tio Serapio por la puerta de la derecha.)
GINES. ¿Entónces por qué no viene
para calmar mis desdichas?
ELISA. Porque se encuentra á tu lado.
(Señalando donde está su padre)
GINES. (Viéndole.)
¡Ah! gracias, Vírgen santísima!
(Se precipita en los brazos del tio Serapio y están estrechamente abrazados por algunos instantes.)

ESCENA XVI.

DICHOS y el TIO SERAPIO.

SERAPIO. ¡Hijo mio!
GINES. ¡Padre amado!
á sus piés con efusion
(Quiere arrojarse á sus piés y no le deja el tio Serapio.)
debe implorar su perdon
quien ha sido tan malvado.
SERAPIO. Si por un culpable error

en un momento de olvido
has á tu padre ofendido,
al ver tu acerbo dolor,
cesa, hijo mio, mi encono
en este mismo momento,
y con el mayor contento
de corazon te perdono.
¡Que Dios bendiga estos lazos!
(Se vuelven á abrazar.)

ELISA. ¡Permítame que le exija
un lado para su hija!

SERAPIO. Sí, ven tambien á mis brazos!
(Abraza á Elisa.)
para perdonar nacimos.

GINES. (Con arrepentimiento.)
¡Contra un padre no hay disculpa!

SERAPIO. ¡Ah! la verdadera culpa
es del siglo en que vivimos.

GINES. Esta inefable merced
me torna á dar el sosiego.

ESCENA XVII.

DICHOS y TECLA.

TECLA. (Entrando con uno en la mano.)
Señoritos, este pliego.

GINES. ¿Para mí?

TECLA. No, para usted.
(Entregándolo á su señorita.)

GINES. No puede ser ningun mal
en este halagüeño dia;
ábrelo, querida mia;
¿qué encierra?

ELISA. (Con alegría.) ¡Tu credencial!

SERAPIO. Renuncia, hijo, desde luégo
á ese destino fugaz,
y no perdereis la paz,
la ventura ni el sosiego.
Esos sueldos tan crecidos
de los altos empleados,
pocas veces bien ganados

y muchas mal adquiridos,
son la causa, no lo dudes,
de costosos sacrificios,
gérmenes de muchos vicios
y de muy pocas virtudes.
Así pues, si en este infierno
hay un gobierno que un dia
mata la empleomanía,
¡ese será un gran gobierno!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, TECLA y ZOILO.

ELISA. Zoilo, acércate.
ZOILO. ¡Oh placer!
ELISA. Te estoy muy reconocida,
y no olvidaré en mi vida
tu excelente proceder.
ZOILO. ¿Eso la causa extrañeza?
¿No dije, señora mia,
que el tio Serapio vendría
aunque fuese de cabeza?
Pus que termine la historia
y pelillos á la mar,
pa poer tóos exclamar:
aquí paz y dempues gloria!
Y agora les diré ufano,
como presona decente,
que Teclilla aquí presente
ha solicitao mi mano.
Y como soy un sujeto
que quiere ser su marío,
su palabra he recogío
y la he dicho, ¡pues! que aceto.
ELISA. ¿Conque le quieres?
TECLA. Sí tal.
ZOILO. Creo que no soy tan zote.
ELISA. (Á Tecla.) Cuenta pues con un buen dote,
lo mereces por leal.
SERAPIO. Puedes estar satisfecha;

Zoilo es dócil, ya lo ves.

ZOILO. Sembremos, Tecla, y dispues
tendremos güena cogecha.
(Suena la campanilla.)

TECLA. Llaman. (Sale corriendo.)

GINES. ¿Quién vendrá á turbar
en este grato momento
la dicha que experimento?

TECLA. Otra carta... (Presentándola á D. Ginés.)

ELISA. ¡Es singular!
¿Será otro nuevo regalo
que algun amigo te envía? (Con pena.)

GINES. No hay temor: en este dia
nada pueden darme malo.
Cuando de un padre en los brazos
encuentra un hijo el consuelo,
Dios bendice desde el cielo
tan incomparables lazos.
Hoy la dicha de mí en pos
hace huir cruel mi tormento:
¡estoy en este momento (Conmovido.)
bajo la egída de Dios!

ELISA. ¡Ah!

GINES. ¿No es justa mi alegría?

ELISA. Nada me abate ni aterra:
lee pronto. (Abre D. Ginés la carta.)

GINES. «Amigo Valtierra,
»hoy es para tí un buen dia.
»Despues de los sinsabores
»que te han tenido agobiado,
»sabe que se ha celebrado
»nueva junta de acreedores.
(Animándose por grados hasta terminar.)
»Hechas las liquidaciones
»del capital de Clavijo,
»su numerario de fijo
»pasa de veinte millones.
»Puedo decirte, y lo siento,
»que una parte perdereis,
»pero recuperareis
»sobre el setenta por ciento.
»Cese pues tu amarga pena,

»reine el júbilo en tu pecho,
»y recibe satisfecho
»mi cordìal enhorabuena.» (Deja de leer.)
¿Es cierto? ¡Dios de bondad,
bendigo tu santo nombre!

SERAPIO. Dios, Ginés, sin que te asombre
es inmensa caridad.
Tu suerte adversa ha cambiado;
no eres pobre, hijo querido,
mas recuerda que lo has sido
y no serás desgraciado.
Y si otra vez llega aquí
de la desgracia el rigor,
da gracias al Criador;
yo soy rico para tí.

GINES. ¿Es posible? ¡Oh! ¡qué gran dia!

ELISA. ¡Cuán conmovedora escena!

SERAPIO. ¡El dia de Nochebuena
me tocó la lotería!

ZOILO. Nos tocó á los dos: yo siento
que osté no se haiga explicao:
á mí tamien me ha tocao:
¡soy rico pues... y apulento!

SERAPIO. Hijos mios, celebremos
nuestra dicha en santa paz:
despues... á Villar del Saz.

ELISA. Nosotros tambien iremos.

SERAPIO. Allí en vuestra compañía
y en vuestra humilde morada
una larga temporada
pasará con alegría.
Y si al tornar á esta vida
volveis á perder la calma,
tened grabada en el alma
la fábula consabida.
«Aquel que orgulloso sueña
»y ocupa un puesto muy alto,
»está expuesto á dar el salto
del NIDO DE LA CIGÜEÑA.

FIN DE LA COMEDIA.

FIN DE LA COMEDIA.

MENTO A LA ADICION DE 26 DE NOVIEMBRE DE 1875.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
nte y apaleado	1	D. Armengol Marqués	Todo.
ra soberbia humildad	1	Juan de Alba	»
Rufo Revueltas	1	Luis Pacheco	»
nico ejemplar	1	Miguel Echegaray	»
ujer de Putifar	1	Juan Bergaño	»
eleta	1	Luis Pacheco	»
unas del amor	1	R. García Santisteban.	»
encantos de la voz	1	Manuel Juan Diana	»
ecia Borges	1	F. Lopez Valois	»
tos que resucitan	1	Pedro Escamilla	»
n majuelo	1	Luis Pacheco	»
e la Granja á Segovia	2	Emilio Alvarez	»
do de la cigüeña	2	Juan Bergaño	»
lesdichas de un buen mozo	2	N. Serra.	Mitad.
lfilerazos	2	S. María Granés	Todo.
ras de cera	3	José Marco	»
lestas del hogar	3	Sres. E. Alvarez y Ricardo Puente y Brañas	»
rdugo de mi hijo	3	Sres. E. y Alberto E. Rossi	»
ejor conquista	3	D. Juan José Herranz	»
piés al gato	3	L. Mariano de Larra.	»
orentino	5	Juan Belza	»
ZARZUELAS.			
conspiracion	1	D. M. Genaro Rentero	Libro.
sco de Jordan	1	S. María Granés	Libro.
el alcalde y el rey	3	G. Nuñez de Arce	Libro.
arsellesa	3	M. Ferndz. Caballero.	Música

OTA. Han pasado á la administracion de esta Galería todas las de la titulada *El Teatro Económico*, propiedad de los Sres. Don orente y D. Cárlos Borghini; y dejado de pertenecer la música de zuela en un acto *Als Lladres*, de D. Benito Monfort.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de los Sres. *Hijos de Fé*, Jacometrezo, número 44, y de *Durán*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.